



«ANTES DE ARROJARSE AL MAR,  
LA SEÑORA BROWN FUE A MISA»

Yolanda Delgado

SITIO DE FUEGO/229

# ANTES DE ARROJARSE AL MAR, LA SEÑORA BROWN FUE A MISA

Y OTROS RELATOS

Yolanda Delgado Batista





Baile del Sol Ediciones | Apdo. Correos, 133 | 38280  
Tegueste, Tenerife-Islands Canarias | [info@bailedelsol.org](mailto:info@bailedelsol.org) |  
[www.bailedelsol.org](http://www.bailedelsol.org)

*A mi madre y a mi padre.  
A Timothy.*

«Antes de arrojar al mar, la señora Brown fue a misa»  
Cuando una tortuga y Primo Levi me salvaron  
¡Penélope, no corras!  
El «efecto mariposa» en la psique humana  
La novia  
Solos  
Gastos innecesarios  
Aniversario de boda  
Baila la diosa en el ombligo de la luna  
El bello durmiente  
La cartilla de leer  
Exploradores del aire  
«Pedid y se os dará», dijo el Señor  
El hereje  
La tía Rosario y el luchador  
La importancia de llamarse  
¡Ay!, Mamá Iné  
Almuerzo de ayuno involuntario  
¿Es la RAE?  
Premio de relato corto  
De hombres sin pantalones  
Homenaje a «un entreverado loco»  
¿Escritoras españolas?  
Entrevista con Joyce  
Cuestión de género  
Comunicado urgente a la nación  
El tablero imperfecto del mundo

*I want to understand. And if others understand -in the same sense that I have understood- that gives me a sense of satisfaction, like feeling at home.*

-HANNAH ARENDT

The last interview and other conversations

*«Ridendo dicere severum»  
(Decir riendo algo serio)*

-FRIEDRICH NIETZCHE  
Nietzsche contra Wagner

## «ANTES DE ARROJARSE AL MAR, LA SEÑORA BROWN FUE A MISA»

Este titular epigramático, desconcertante, fúnebre, encabezaba la noticia de un suceso que ocupó un lugar destacado en la portada del *Diário de Notícias de Portugal* del 29 de marzo de 2015, e igual que apareció, rápidamente quedó engullida en la bruma espesa del olvido adonde, sin que a nadie le importe, van a parar todas las historias y sus protagonistas en cuanto pierden el color de lo nuevo. Vivimos tiempos desechables.

Sucedió lo mismo en España. Los medios de comunicación, entretenidos con la actualidad doméstica, utilizaron para el «caso Brown» el método corta y pega del texto enviado por alguna agencia de noticias, obviaron detalles importantes y lo que *in strictu sensu* era una tragedia -rocambolesca desde cualquier ángulo posible, sí, pero al fin y al cabo, un drama humano- quedó convertido en una broma.

Tras días de investigación, quien les escribe ha logrado reconstruir los pocos fragmentos conocidos de esta historia que, desde ahora confieso, me tocó muy de cerca pues conozco en persona a la señora Brown aunque no venga al caso explicar desde cuándo ni en qué circunstancias. La profundidad de su mirada permanece intacta en mi memoria. Sus ojos azul índigo parecían se hubieran bebido un océano entero, hablaban con melancolía de un lejano naufragio.

¿Quién podía vaticinar la tempestad que se desencadenaría en su interior una noche de primavera luctuosa? ¿Cuál fue aquella oscura razón que años más tarde la arrojaría al abismo marino? ¿Qué viento huracanado

batió las puertas de su dolor? Con toda franqueza, mi querido lector, si tuviera al menos una de las llaves de estas tres puertas, no estaría achicando dudas, recosiendo frases como se remiendan los jirones de las velas, luchando contra el oleaje de preguntas inútiles noche y día en este zozobante oficio que es escribir.

Pero pongámosle un principio a la odisea Brown, supongamos dio comienzo una mañana fría y lluviosa de finales de febrero, fecha en la que el matrimonio formado por Susan (65 años) y Michel (69) subieron a bordo del transatlántico *Marco Polo* en el muelle de Bristol, al suroeste de Inglaterra.

Vivían en el empinado pueblo de Shaftesbury, dato geográfico sin importancia salvo porque en ese rincón del mundo, el matrimonio había convivido cuarenta y cinco largos años. Tiempo suficiente para que la charlatanería de los comienzos fuera haciendo hueco a unos silencios cada vez más prolongados. Envejecieron juntos, pero en camas separadas. Se lo habían dicho todo y de todo se dijeron hasta que por la fuerza de la costumbre, aprendieron a decirse lo imprescindible con el mínimo esfuerzo: «Querido, la bombilla del sótano está fundida». «Me voy un rato al *pub*, querida».

Hace relativamente poco, me he enterado que Michel Brown era un hombre pusilánime, flemático, dotado de una increíble lentitud de reflejos. Su dolencia dipsomaniaca junto a una aguda aversión hacia su cónyuge, se le manifestó un año después de la boda. En el sopor de sus ensoñaciones étlicas odiaba a su esposa con tal grado de perfeccionamiento, que imaginaba el inmenso placer que supondría perderla algún día de vista. Tal idea fermentaba en su subconsciente como uva en barrica, con la cautela y paciencia de quienes, por mucho que a solas lamenten su destino, nunca se esforzarán por cambiar su suerte.

Sin embargo, y contra todo pronóstico, saltándose el reglamento de la rutina conyugal, propuso a su esposa la posibilidad de disfrutar de un crucero: «Respirar otro aire y activar los nervios, querida». La idea de cambiar por unas semanas el tedio del hogar por la sensualidad de las playas del Caribe, a Michel se le antojó una obsesión.

Aquel inesperado arranque de espontaneidad fue celebrado por su esposa. El viaje se convirtió para ambos en «el sueño de sus vidas». Y así, «el sueño de sus vidas», Susie anunció el acontecimiento a sus vecinos y conocidos pocas semanas antes de zarpar. No pudo sospechar que el destino se tomaría a pecho aquella declaración de intenciones, y en un exceso de celo profesional, las vacaciones de ensueño se tornarían una pesadilla inolvidable.

El 26 de marzo, tras treinta y dos días de crucero, el barco procedente de las Islas Barbados hizo escala en Funchal. A falta de cuatro jornadas para que el *Marco Polo* concluyera su travesía en el puerto de Bristol, el matrimonio decidió no proseguir el viaje por mar sino por aire, tal y como le comunicaron al capitán sin aportar más detalles al respecto. Según declaró el taxista a la policía, la pareja llegó al aeropuerto alrededor de las 18:55 (hora local). Es a partir de este momento cuando los acontecimientos se precipitan hacia la total confusión.

Una hora más tarde, algunos parroquianos situaron a la señora Brown de nuevo en Funchal, concretamente en la iglesia de São Pedro. Al parecer asistió a la eucaristía del Sábado Santo donde no pasó inadvertida. «Aquella mujer rubia parecía una turista. Cantaba muy fuerte, además en inglés», declaró un testigo óculo-auricular en la comisaría local. La primera de las dos afirmaciones pudo corroborarse gracias a la foto que tras el accidente publicó el *Jornal de Madeira*. En dicho documento gráfico es fácil reconocer a la

señora Brown con gafas de sol en el interior del templo, de pie, sosteniendo un cirio pascual con la mano derecha.

Cuatro horas después, al filo de la media noche del sábado glorioso, un grupo de pescadores escucharon gritos en mitad del océano. «Al principio creíamos que eran pardelas, pero cuando paramos el motor de la embarcación, escuchamos: *Help! Help!* Fue como en la película *Titanic*. Es un milagro que la señora esté viva», contaba Marildo Freitas, uno de los tres marineros protagonistas del rescate. En sus explicaciones todos coincidieron en que la señora, una vez a salvo en la pequeña embarcación, se identificó con el nombre de Susie. Temblando de frío y ahogada en lágrimas, les contó que había tenido una fuerte discusión con su marido en el aeropuerto poco antes de embarcar. Él entonces decidió regresar al barco.

A eso de las diez, al salir de misa, mientras paseaba por el paseo marítimo, vio cómo el *Marco Polo* abandonaba el muelle. Sin pensárselo dos veces, se arrojó al mar creyendo que su esposo estaba a bordo.

El capitán del puerto, Félix Marques, declaró a los medios que todavía quedaban muchos cabos sueltos en la investigación y esperaba que estos quedaran resueltos cuanto antes. Susie Brown había sido localizada a quinientos metros de la costa con síntomas de hipotermia puesto que había estado nadando en el océano más de cuatro horas, valiéndose únicamente de su bolso a modo de flotador.

Primero ingresó por urgencias en el hospital de la ciudad, y desde de allí, fue trasladada al centro Cámara Pestana, el psiquiátrico de mujeres de la isla donde los facultativos le diagnosticaron: cuadro psicótico agudo.

Hecho público el desafortunado suceso, varios viajeros del *Marco Polo* ofrecieron a un tabloide inglés toda clase de especulaciones y testimonios dudosos sobre el comportamiento de Susie Brown durante el crucero. «Una mañana, el socorrista tuvo que sacar a la señora de la

piscina. No paraba de gritar que su marido quería ahogarla», declaró una de las pasajeras. Más adelante, en el mismo artículo, un miembro de la tripulación, que prefirió mantener el anonimato, añadía: «Paseaba sin descanso por la cubierta, arriba y abajo, con la mirada clavada en sus zapatos, sin cesar de farfullar. Le pregunté si se encontraba enferma, y le recomendé que acudiera a nuestro médico. Tenemos un excelente facultativo a bordo, ¿sabe?».

Conjeturas aparte, según informó la policía madeirense, lo único en claro es que el sábado 26 de marzo, a última hora de la tarde, el esposo de la víctima viajó solo rumbo a Inglaterra en la compañía Easyjet. Fue en la madrugada del día siguiente cuando las autoridades pertinentes lograron localizarle y ponerle al corriente del accidente.

Resulta muy difícil de creer, barajar argumentos admisibles que expliquen su conducta. Pero hasta la fecha, que se conozca, Michel Brown ni ha vuelto a la isla portuguesa ni se ha puesto en contacto con su esposa por ningún medio.

Tal y como hiciera el mencionado diario lusitano, aventuro con otra frase epigramática, una certeza que se desprende de este episodio fatal:

El marido olvidó recuperar a su esposa y de paso, la mala conciencia.